

ADIÓS AL VERANO

La Pedrera y los rusos, 'hits' del turismo

PÁGINAS 8 A 10

DANIEL COHN-BENDIT

«Que Rajoy no se arrodille ante Merkel»

PÁGINAS 12 Y 13



Gente

Catalina, una duquesa bajo la sombra de Di

PÁGINAS 18 Y 19

Cuaderno del domingo

el Periódico

23.09.12

Airbag y Clasificados

Páginas centrales

ESTA SEMANA SE CELEBRÓ EL DÍA MUNDIAL DEL ALZHEIMER, LA ENFERMEDAD QUE SECUESTRA MILES DE VIDAS, COMO LAS DE PEPE Y FUENCISLA

PE & FU, MEMORIAS DE UN CORAZÓN

DIANA GARRIGOSA

Esposa del 'expresident' Maragall

«A Pasqual ya no le interesa la política»



MEMORIAS DE UN CORAZÓN

Recuerdo que te quiero mucho

Pe & Fu, Pepe y Fuencisla. Ella tiene alzhéimer, él es su devoto marido. Saca ánimos de donde no los tiene para seguir adelante. Confía en Dios y en la ciencia para que aparezca un remedio contra la enfermedad. Llevan 65 años juntos, viven en Segovia y su conmovedora historia es la de muchas familias que no merecen el olvido.



Vea el vídeo de
'Pe&Fu' con el móvil
o en e-periodico.es

POR **FERNANDO UREÑA** FOTOS: **SERGIO CARO**



RECUERDOS IMBORRABLES ▶ Pepe y Fuencisla repasan el álbum de las fotos familiares.

levan 65 años juntos. Una dictadura, seis presidentes democráticos y un 23-F. La llegada de la televisión, Uri Geller y sus cucharas, Dallas y Jota Erre,

Un, dos, tres... responde otra vez. El hombre en la Luna, el turismo, Antonio Rebollo y su flecha, el teléfono móvil. Vietnam, la Marcha Verde y Perreil. La guerra fría y Bin Laden. Raphael, los Beatles y Michael Jackson. En resumen del bolerista Osvaldo Farrés, *Toda una vida*.

«Lo hemos pasado bien», afirma Pepe, que recuerda aquel primer beso a Fuencisla con la ilusión de un adolescente. «Fíjate lo que hay allí, le dije, y cuando se dio la vuelta se encontró con un beso mío en la mejilla», se ríe divertido por la audacia del robo. A partir de ahí el mundo transcurre y sus vidas también. Noviazgo, boda, luna de miel en Cádiz, hijos, primeras canas, nietos... 51 de casado y 14 de novios. Todo viaja por la retina de Pepe. A su lado, Fuencisla permanece inmóvil. La mirada perdida en algún punto desconocido. Misma vida, retina en blanco.

El dibujante Paco Roca resume el alzhéimer en una sola viñeta, la de la cubierta de su novela gráfica *Arrugas*. Un hombre asoma la cabeza por la ventanilla de un tren y el aire se va llevando todas las fotos que guarda en el interior de su cerebro. Pepe, un hombre que camina por las laderas del otoño, recurre a una comparación aparentemente impropia de su edad. «Es el ordenador, como yo digo, que lo tiene averiado».

Cifras que asustan

Viento u ordenador, el final parece el mismo: un largo camino hacia el conjunto vacío. «Las cartas, ese es el pecado más grande que he tenido, romperlas», se lamenta Pepe como si esa maleta de correspondencia fuera un disco duro externo, una manera de mantener a salvo la memoria de su mujer. Ahora, Pepe, tantos años después, escribe un diario de su vida y asegura que ya no va a hacer la tontería de romperlo. «Ahí se queda, somos todos iguales».

La Asociación Nacional del Alzhéimer da un cifra que asusta: 800.000 casos de demencia en España. Es difícil saber cuántos están directamente relacionados con esta dolencia. Es difícil intuir, si quiera, si la cifra se acerca a los datos reales. El censo es solo una aproximación. Cálculo acertado o no, la realidad multiplica el daño. A los cientos de miles de enfermos directos hay que sumar el número de familiares y cuidadores que se enfrentan sin demasiados recursos a esta enfermedad degenerativa y, hasta la fecha, sin cura.

«Todo el día con ella, desde que me levanto hasta que me acuesto», dice un Pepe dedicado las 24 horas al cuidado de su mujer. Por las mañanas la asea, la viste y la acicala con cariño y meticulosidad. «Mi hija la peina toda lisa cuando viene los domingos y yo la cardo un poquito», protesta dando a su Fuencisla reto-



COCINERO ▶ Con el delantal puesto, la ayuda a levantarse del sofá para ir a comer.



ASEO ▶ Peine y laca para que Fuencisla esté siempre bien arreglada.



A LA CALLE ▶ Pepe pone el jersey a Fuencisla para prepararse para ir a dar un paseo.

ques de buen peluquero y acudiendo a la laca para asegurarse de que perdure el resultado. Luego le da el desayuno, la lleva en coche a comprar el pan y le prepara la comida. «Antes ni me asomaba a la cocina, y ahora no salgo», se sorprende este hombre antiguo reconvertido en hombre moderno que también friega, pone lavadoras y hace la compra. ¿Su secreto de cocinero? Buscar recetas en internet y luego darle su gusto personal. «Ya hago hasta el bacalao al pil pil», se jacta. «Lo único con lo que no he podido aún es la paella».

Un poco superhombre

Por las tardes ya no hay paseos ni esas películas que tanto les gustaban. Solo café y churros. Siempre en el mismo local, donde los tratan con cariño y les ofrecen una ayuda que Pepe rechaza con gratitud. Fuencisla debe esforzarse, si no cada día hará menos. Por la noche, cena y a la cama. «Duerme de maravilla», dice Pepe. Él, no tanto. Siempre atento a si Fuencisla se destapa y siempre acosado por preocupaciones, enemigo traicionero acostumbrado al ataque nocturno. El sueño, tan necesario pero tan huidizo, se escapa pronto y a las tres de la mañana Pepe ya reza el rosario y pide milagros. A las cuatro se levanta, escribe su diario y se prepara para otra jornada que pro-

«Antes ni me asomaba a la cocina, y ahora no salgo», dice Pepe, que ha tenido que cambiar del todo su vida

mete dureza. Si hoy tampoco hay milagro será peor que la de ayer, pero mejor que la de mañana.

«Esto tiene que salir adelante», dice Pepe con ese aspecto pulcro propio de un Clark Kent al que le han pasado los años. Pero bajo esas gafas y esa ropa impoluta no hay traje de Superman. No hay músculos de acero ni superpoderes. No hay posibilidad de salir al espacio y girar el planeta para dar marcha atrás al tiempo y salvar a Lois Lane. Solo hay un cuerpo de un hombre de más de 70 años que saca fuerzas del único motor que le queda: su corazón.

Pepe nació en Segovia, no en Krypton, pero algo de superhombre sí tiene. Tanto que es capaz de frenar a la mismísima muerte. «Agárrate, el sueño que he tenido hace poco», dice mientras remueve la bechamel de las croquetas. Y cuenta cómo la muerte vino a buscarlo en carruaje y él tuvo que decir que no. Que aún no era la hora. «Por mí me da lo mismo, pero mi Fuencisla me necesita».

Pero todo superhombre tiene su kryptonita y todo Aquiles su talón. Y el de Pepe son esos ojos de Fuencis-

MEMORIAS DE UN CORAZÓN

Viene de la página anterior

la en la nada. Es cuando los mira fijamente cuando Pepe pierde las fuerzas. «Si yo supiera algo de lo que piensa, o cómo es eso por dentro», rumia impotente antes de romperse. «El alzhéimer es una canallada», se quiebra al fin con rabia y con la elegancia de quien no recurre a palabras más fuertes. Canalla. Así insultan los hombres de honor. El atributo es cierto. Eso es el alzhéimer. Una canallada. Y, entre lágrimas, Pepe pide consuelo a Dios y al hombre, apea a la clemencia divina y al desarrollo científico. «Que alguien cure esto, o por lo menos que lo alivie», ruega como un niño al que nadie socorre. «Hay gente que está sufriendo mucho».

El flaqueo no es un lujo que se pueda permitir quien se acuesta y se levanta con el alzhéimer. Así que Pepe enjuga las lágrimas y vuelve a su aspecto de Clark Kent de pelo blanco y ojos enrojecidos pero con corazón indomable bajo la camisa. El motor ha detectado la emergencia y bombea con fuerza. Las venas reparten energía a todas las regiones de Pepe Muñoz. El púgil se levanta. «Yo

«Que alguien cure esto, o por lo menos que lo alivie», ruega Pepe como un niño al que nadie socorre

lo llevo muy bien, ella me ayuda mucho», huye del victimismo y le agradece a Fuencisla cada esfuerzo por cooperar, cada día sin bandera blanca. Y donde antes había palabras de dolor ahora hay de afecto: cielo, amor, ángel.

Siempre hay caricias y palabras de ánimo ante cada pequeño logro de Fuencisla. Y besos. Tan diferentes y tan parecidos a aquel primero de hace 65 años, en las afueras de Segovia, cuando Pepe estaba cautivado por sus piernecitas, su tipito y su genio. Cuando el año 2000 parecía tan lejano como el infinito, y el futuro eran coches voladores y jamás esta cruz.

Pero por el amor de Pepe no ha pasado el tiempo. En el bolsillo de su pantalón lleva una cartera. Dentro de la cartera, su tarjeta de visita. Y en la tarjeta, la firma a mano que le ha acompañado toda la vida: Pe&Fu. Como si aún fuera un adolescente dispuesto a grabar a navaja su amor en el tronco de un árbol. En uno robusto. Que aguante sol y lluvia, primaveras y otoños, brisas y vendavales. Sequías y deshielos. Cambios climáticos y protocolos de Kioto. Ideologías pasadas y venideras, nuevos líderes y nuevos órdenes mundiales. O, como dice el bolero, *Toda una vida*. ≡



DEDICACIÓN. Varios fragmentos de la vida cotidiana de Pepe y Fuencisla en su vivienda de Segovia, sellados con un beso.

Diana Garrigosa pasea por la playa frente a la sede provisional de la Fundació Maragall, el pasado miércoles.



En la Diada, Pasqual Maragall no estaba en el acto institucional, ni detrás de una pancarta de la histórica manifestación. Más de uno se alarmó. ¿Habría empeorado? Diana Garrigosa, su esposa, despeja inquietudes: «**Simplemente no quería que estuviera tantas horas de pie, a la solana. Nosotros ya hicimos lo que tocaba por el país** [encarar a Catalunya hacia el Estatut], **ahora les toca a otros. A Pasqual ya no le interesa la política**».

Al *expresident* de la Generalitat lo que le movilizan son las emociones. Esta semana, sin ir más lejos, fue a buscar al aeropuerto a Daniel Cohn-Bendit, el líder del mayo francés que venía a conferenciar sobre Europa, por el placer de verle y de tocarle. «**Sus ideas eran lo de menos**», anota Garrigosa. También quiso via-

jar a Madrid para despedir a Santiago Carrillo en la capilla ardiente. «**Su muerte le produjo un disgusto tremendo, le tenía un gran aprecio**».

Esa amplificación de los afectos es cosa del alzhéimer, que le detectaron e hizo público en el 2007. En su caso, la enfermedad le va disolviendo lentamente. «**A Pasqual aún no se le nota a simple vista**», subraya su esposa, con una serenidad recuperada. «**Al principio lo pasé muy mal** –confiesa–. **Estuve al borde del suicidio... Pensé que se convertiría en un vegetal rápidamente. No le podía ayudar. Pero reaccioné. Ahora me angustia más la situación económica y política del país que su enfermedad**».

Maragall aún le pone nombre a todas las caras. Nunca está de mal humor, ni se ha vuelto agresivo. No sufre. Pero, como es preceptivo en este mal que desmemoria a 36 millones de personas, ha bajado algún pelda-

Maragall, a golpe de emociones



Diana Garrigosa, la esposa del 'expresident' de la Generalitat, cuenta con alivio que el alzhéimer que le detectaron hace cinco años anda a paso muy lento. Ahora le mueven los afectos. «Se ha humanizado».

TEXTO **NÚRIA NAVARRO**
FOTO **JULIO CARBÓ**

ño. «Cada vez tiene una mayor inquietud física. Con más frecuencia, de repente, se levanta y se va; como aún tiene escoltas, estoy relativamente tranquila». También la inicial desinhibición y la falta de concen-

«Al principio lo pasé muy mal. Estuve al borde del suicidio... Pensé que se convertiría en un vegetal rápidamente»

tración han ido a más. Un ejemplo: «Pasqual coge el mando a distancia del piso de Barcelona, se lo mete en el bolsillo y al llegar a Ruplà, lo saca y pretende encender la tele con ese mando -cuenta-, y como es muy to-

zudo, insiste en que sirve para todas las teles». Últimamente también se hace un lío con «las máquinas». Los cargadores de batería y los móviles se le rebelan. «Tendremos que poner más etiquetas por la casa», dice Garrigosa, que empezó hace un par de años rotulando la librería y el cajón de los cedés para facilitarle la vida.

Disminuyen también sus intereses. No escribe, no lee y «solo pasea» los diarios. Pero disfruta con el fútbol, el cine, los nietos y la música («sigue escuchando a Brassens y a Mayte Martín, y últimamente ha incorporado a Sílvia Pérez Cruz y a Norah Jones»), y le engancha la televisión. «Cada vez se queda más en casa; así que creo que ha llegado la hora de buscar un terapeuta que, disimuladamente, le llene horas con algún tipo de rehabilitación cognitiva», valora en voz alta.

Acostumbrada a la ausencia del marido hasta el 2006 -año en que la

política se lo devolvió ya enfermo-, a Garrigosa le sigue chocando verle deambular por el territorio doméstico. «Él querría que estuviera todo el tiempo a su lado -explica-, y eso no puede ser, así que tengo que or-

«Él querría que estuviera todo el tiempo a su lado, pero yo intento tener dos horas libres al día»

ganizarle rutinas para poder tener dos horas diarias para mí». En esas dos horas, le apuntala el ánimo su hermana, Pilar, va a nadar y practica una modalidad de yoga que le sienta de maravilla. Le renuevan fuer-

zas para encajar episodios que se repiten. «El otro día volvió a perder las gafas por casa; yo primero dejo que las busque y luego me pongo un poco, porque suele pasar que están a la vista. En esa operación nos entretuvimos más de una hora».

Los tres hijos

Sus tres hijos también van superando el mazazo. Cristina (1967), arquitecta, ha ingresado en la junta de la Fundación, aligerando a su madre del peso de la construcción de la nueva sede en el campus de la Pompeu Fabra (la crisis descartó el mastodóntico proyecto en la bocana del puerto). Airy (1970) sigue requiriendo información desde Buenos Aires. Y Guim (1980) ha entrado en el patronato. «Ahora la confrontación la plantea Gabriel, el hijo mayor de Cristina, de 11 años, que le suelta: 'Avi, si aixó ja t'ho he dit!'».

Al lado de su marido y al frente de la Fundación Maragall, Garrigosa se está doctorando en alzhéimer. «Cuanto más sé, más cuenta me doy de su complejidad». Más de 2.000 laboratorios intentan hoy dar con la solución definitiva, pero la realidad es que no ha habido una sola novedad en cinco años. «Pasqual sigue tomando las tres mismas medicinas del principio». Por eso le parece de capital importancia el estudio sobre la detección precoz que acaba de poner en marcha la Fundación. Rastrearán a voluntarios sanos con parientes afectados para echar el freno a la degeneración cuanto antes.

«Sé que a Pasqual no le alcanzarán los avances, pero lo que quiero es que no haya más enfermos», asegura Garrigosa. Ese es su propósito. Y amoldarse a los cambios futuros. «El día que no me reconozca, no sé... entonces entraré en una dimensión distinta». ≡